



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

EL "Día de la Probidad" será celebrado el próximo 23, por cumplirse en esa fecha un año más del natalicio de Miguel Coyula Llaguno que parece ser, después de medio siglo republicano, un ejemplo que podemos presentar públicamente como representante de semejante virtud ciudadana.

Esté gran cubano, ya desaparecido, abandonó su natal pueblo de Regla para correr a la manigua redentora, cuando todavía a su rostro no asomaba el bozo revelador de la pubertad. Realizado el ideal patriótico regresa de la lucha luciendo orgulloso las insignias de comandante y se adentra con entusiasmo en el campo de la política, saturado entonces de un ambiente de esperanzas e ilusiones, para lo cual contaba con su rectitud de principios, su fino talento y sus grandes dotes oratorias. ¡Métele Coyula!, gritaban emocionadas las multitudes al escuchar un párrafo brillante que desde la tribuna expresaba aquel "pico de oro".

x x x

Formó fila junto al primer Presidente, Don Tomás Estrada Palma y fué uno de los pocos que no le abandonaron en los días aciagos de la "guerrita de Agosto". De cubanísimo espíritu, su voz doliente se hacía escuchar en ese triste período en que la obesa silueta de un Mr. Magoon opacaba los refulgentes reflejos de nuestra estrella solitaria, y cuando Cuba volvió a gozar de su plena independencia, Coyula no abjuró de su ideología política, convirtiéndose en el más tenaz abanderado del general Mario García Menocal, de quien fuera ayudante en los días inquietantes de la gesta emancipadora.

Desde entonces, aquel respeto y admiración que nació a la luz mortecina del vivac mambí se convirtió no en disciplina de correligionario, sino en lealtad de amigos, en fraternal sentimiento y a través de toda la trayectoria política del héroe de Victoria de las Tunas, en sus horas de triunfo, en sus minutos de adversidad, lo acompaña el afecto cariñoso de Miguel Coyula, que siempre tiene presto su acento de orador, su pluma de periodista o su espada de hombre de honor para cantar jubilosamente una victoria o mitigar los sinsabores de un descalabro.

x x x

No obstante, ya en el ocaso de ambas existencias, surgió un hecho sorprendente que hace quebrar

las hondas raíces de tan firme devoción. Estábanse celebrando las sesiones de la Asamblea Constituyente de 1940, cuando el viejo caudillo estimó, con visión equivocada o no, que la única manera de sacar pacíficamente de los cuarteles a Batista, era despojándolo de su guerrera militar, era propiciándole el camino de su aspiración presidencial y a tal objeto él se disponía a obviar las dificultades en aras del "mal menor" como repetía a sus íntimos.

Claro está que la inesperada decisión produjo estupor entre sus parciales que, en definitiva, a regañadientes la aceptaron. Sólo hubo uno: acaso el más fiel, el más leal de todos, que expresó públicamente su inconformidad y por primera vez se negó a acatar una disciplina de partido, sino a desoír la voz del jefe, la del amigo entrañable.

Aquella rebeidía en el aspecto político significaba un caudal exuberante traducido a sufragios populares en vísperas de unas elecciones. Así lo comprendieron las demás organizaciones opositoras que directa o veladamente se acercaron al cívico reglano tratando de unir su nombre a la candidatura comicial. ¿Senador, Representante? ¿Quizás una Alcaldía o un Gobierno Civil? Cualquiera posición le sería fácil conquistar sin mayor esfuerzo.

Es entonces cuando se produce en la existencia de Coyula su minuto cimero, su ejemplar reacción. Agradiendo todas las zalemas de qué es objeto por parte de oportunistas políticos, se limitó a responder:

—En este instante discrepo de la actitud adoptada por el general Menocal, pero soy incapaz de escoger semejante circunstancia para ponerme frente y combatir a quien no por eso deja de ser mi amigo entrañable.

Y Miguel Coyula, pobre, llevando como siempre llevó hasta su muerte una existencia humilde, pero honesta, se retiró a la vida privada.

x x x

Ciertamente resulta reconfortante para el espíritu, en medio de este presente preñado de deserciones, de deslealtades y traiciones, en que no se sabe nunca a ciencia exacta si hablamos con el amigo o con el delator, conocer que una vez hubo en Cuba hombres capaces de ese gesto de Miguel Coyula.